

NUESTRO CLAUSTRO

(DISCURSO EN UNA VELADA LITERARIA)

Excelentísimos Señores, señor Rector, señoras, señores, compañeros:

En el corazón del siglo en que la noche no alcanzó a cubrir el inmenso dominio castellano fue grande este hogar de nuestros más puros afectos, cuya excelencia en vano trataría de exaltar mi lengua torpe, aun acudiendo para ello a la profanación de acomodar palabras discordantes en el cuño en que un maestro de la lengua vació el oro de sus magníficas saluciones. La largueza de un rey lo hizo dueño de iguales regalías que los colegios mayores de la Madre Patria; la munificencia del Fundador nos le dio potentado, y puso en sus *Constituciones* un desafío al tiempo la genial videncia de ese mismo sacerdote dominicano, cuya mirada fue luz y consuelo entre estos riscos, y fue de amor y sabiduría su palabra y su presencia iris prometedor; porque él sabía que, con tales bases, podría sufrir depresión momentánea su Colegio, mas extinguirse nunca, pues su gloria haría digna de él la dirección de un renuevo de noble estirpe procerca, corazón abierto a todo entusiasmo generoso y mente que da cima a las más luminosas concepciones, restaurador insigne de cuanto en el Claustro de Fray Cristóbal fue grande.

Es este mismo el faro que en la noche marcó la ruta de los que surcaron el piélago de un ideal al parecer inalcanzable, y les señaló el puerto de la República con luces arrancadas de la vivífica filosofía del Ángel de las Escuelas, cuyo espíritu por manera admirable nos habéis hecho comprender en vuestras lecciones y en vuestros libros, en los cuales brillan ciencia, claridad y sencillez, al propio tiempo que una prosa fundida en el crisol de los Luises y de Cervantes, con

mucho de Bossuet por añadidura; porque vos mismo, en solemne ocasión, habéis probado que no desdícen de la severidad de lo verdadero los arreos de la belleza, pues, según vuestras palabras, «Dios, cuyas obras no tienen tacha, no sólo las hizo perfectas y útiles a la armonía del universo, sino las circundó de esplendorosa belleza. No tuvieran las flores el vestido que no alcanzó Salomón en el día de su gloria, no fueran los insectos gemas vivientes, ni reflejaran las mariposas en sus etéreas alas los colores del iris y no por eso cumplirían menos bien sus providenciales destinos.»

Habéis roto con el prejuicio de que la sabiduría es a modo de hehitera inverosímil, desgarrada y astrosa, que habita desmantelado zaquizamí, porque es gentil hada cuya mansión se sale de lo conocido, en cuyos labios cristalizó la experiencia la voz del pasado y el vaticinio del porvenir, que en sus ojos lleva el reflejo de la luz inmortal y tiene la ubicuidad del pensamiento para explotar en un instante desde lo hondo del mar hasta la esencia misma del Altísimo, pasando por la flor, de cuyo seno tiende sus alas invisibles el perfume que a ella es lo que el amor al alma.

Vuestras obras desmienten al que dijo, y acaso fue Stuart Mill, que el análisis mata el sentimiento, o que la poesía de las cosas se destruye una vez que llegamos al conocimiento científico de ellas, porque sin razón se diría que fuera más hermoso el firmamento cuando de él se pensaba que el cielo era y azul eran los astros broches fijos de sol que el velo sostenían, tras el cual se ocultan los esplendores de la Sión eterna, que hoy cuando la ciencia nos ha hecho ver la inmensidad de los espacios y el concertado movimiento de los mundos, ante el conjunto de los cuales el nuestro es gota de agua en el mar. Ya sé que no se puede confundir la verdad con la belleza, pero pienso que sólo subconjuntivamente existe la segunda en los juicios errados de

nuestra mente, y eso por algunas condiciones que al menos de verosimilitud posean, pues de otro modo no pueden satisfacer al entendimiento que también es facultad perceptora de lo bello. Extravío mental es menester para afirmar con Keats que es censurable Newton, porque dizque había destruído la poesía del arco iris al reducirlo a un prisma, siendo así que en él, tal como lo considera la ciencia ha simbolizado el gran lírico catalán Miguel Costa y Llobera la verdadera poesía, porque, según nuestro insigne profesor de Literatura, está «formado de gotas de lluvia y luz de sol y para él la más alta inspiración no brilla sino cuando se unen *las lágrimas de la vida y el fulgor del ideal.*»

Tuvo nuestro Claustro, su momento épico y cuyas proezas y martirio no han sido mejor interpretados en el mármol y en el bronce que en el oro de vuestro cálido lenguaje, por medio del cual habéis comunicado a nuestras almas una chispa de ese amor ardiente que cuando lo dice el labio es porque lo grita el corazón allá dentro, y sus fervores se traducen en el himno de vuestra lengua, inflamada con el carbón que para la suya deseó Isaías.

Empresa a que no alcanza el reconocimiento de una modestia sin artificio es la de poner freno a la gratitud nacional que desde lo más íntimo de los corazones os proclama segundo fundador del Colegio del Rosario, por la restauración de la autonomía que le es esencial y de las tradiciones gloriosas, y con ellas de la enseñanza conforme a la mente de Santo Tomás, suma de los átomos de verdad que ha recogido el espíritu humano en su aspiración a Dios, verdad infinita, y de las disciplinas clásicas, en hora mala pospuesta por grosero espíritu de utilidad que ha alejado los ideales de la vida del corazón y de la mente y no alcanza a darse cuenta de que toda educación formal, que mira al desarrollo de las facultades ante todo, tiene su fun-

damento en los estudios de humanidades, a más de que todo no ha de reducirse a lo inmediatamente placentero y que, como decía Coppé, «es preciso guardar el rincón verde donde retoñen las flores de la imaginación que perfuman la vida y la embellecen.»

Por todo esto, y mucho más que en su mente lleva cada uno de nosotros y nos obliga a particular reconocimiento, ya que no sea posible la pompa de una manifestación como la de hace a penas un año, de una sonoridad que no registra semejante en los anales del profesorado colombiano, el agradecimiento y el amor, tanto más sinceros cuanto menos aparatosos, nos han congregado aquí a ofreceros en vuestro oíomástico la seguridad de una gratitud a prueba de todas lejanías y a presentaros votos muy fervientes que hacemos al Señor de los Señores, para que premie todavía la madurez de vuestros años con un florecimiento primaveral.

JULIO CÉSAR GARCIA

23 de octubre de 1916.

UNA CONFERENCIA

EN GRIEGO MODERNO POR EL DOCTOR JOSEPH LOUIS
PERRIER EN LA UNIVERSIDAD DE COLUMBIA

Nuestro sabio corresponsal y Colegial Honorario, don Joseph Louis Perrier, Ph. D., M. D., uno de los amigos más entusiastas y sinceros que favorecen al Colegio del Rosario con sus simpatías, pronunció una conferencia en la Universidad de Columbia, en griego moderno, sobre filosofía helénica. Un gran diario de la colonia griega en los Estados Unidos, Ἀτλαντὶς de Nueva York, la publicó íntegra, precedida de la siguiente introducción: